que se encuentra en mayor grado en algunas otras novelas revolucionarias. Pero le quedará, en cambio, el recuerdo indeleble de la Revolución vista por los ojos de un hombre que sintió profundamente la agonía y vió claramente el fin último de esos años tremendos.

ENRIQUE GIL GILBERT, *Nuestro pan*.—Guayaquil, Librería Vera y Cía., 1942. 295 pp.

En el Concurso de Novelas Latinoamericanas de 1941, recibió esta novela un segundo premio. Su autor, a pesar de sus pocos años —aún no ha cumplido treinta—, ya era muy conocido en el Ecuador: *Los que se van* (1930), colección de cuentos que escribió a los dieciocho años en colaboración con Gallegos Lara y Aguilera Malta, es una obra fundamental que ha dejado huella en la literatura ecuatoriana de este decenio; en 1933 publicó otro volumen de cuentos, *Yunga*, que lo acreditó como cuentista de primer orden, y su novela corta, *Relatos de Emma-muel* (1939), aumentó su fama de autor y lo señaló como novelista que se afirma con su obra más reciente.

"Nuestro pan" es el arroz, y de su cultivo, su venta, y sus cultivadores trata esta novela tan rica, larga, rebosante y épica. Todo lo vemos desde un punto de vista humano antes que técnico, y lo mejor de la novela son los admirables retratos de los arroceros negros, zambos y cholos que llenan el libro: Moreira el Guaco, cetrino, delgado, pálido, trabajando angustiadamente para ahuyentar la memoria de su zamba, a quien mató a machetazos porque ella no le daba un hijo, y sus vecinos le insinuaban: "Las que no se preñan viven con dos..."; el tísico Pedro García, raspando su plato con el machete para que los otros arroceros no se contagiaran, porque quería quedarse con los vivos y no irse a morir al sanatorio; el negro don Pío, que rompe a cantar una queja sin palabras cuando su dolor es tan grande que no puede llorar; el Capitán Sandoval, revolucionario y bandolero, hombre entero, qué no llora ni se queja en lo más negro de la desesperación, ni siquiera cuando tiene que matar a un compañero suyo gravemente herido: "Torres abrió los ojos, húmedos ya y oscurecidos porque la muerte comenzaba a manar de su hondura más profunda. Miró al Capitán Sandoval. Más que mirarlo, agarráballo con sus ojos. Sandoval puso el cañón de la pistola sobre la sien de Torres. Se le dilataron las pupilas. Dos lágrimas le brotaron. Y la frente se le roció de sudor. Todo en un mirar. El Capitán Sandoval apretó el gatillo y Torres se apagó".

La novela consta de cuatro libros: "Los desmonteros", que trata del desmonte y de la siembra, es de un interés y un realismo extraordinarios. Es en esta parte de *Nuestro pan* donde conocemos a los arroceros cuyas angustias y esperanzas prestan a la obra su mayor poder; "La cerca", es la historia del Capitán Sandoval, que habiendo llegado

proscrito y fugitivo a la hacienda de Bartolomé Mosquera, se hace por su hombría dueño en poco tiempo de su hacienda y de su hija Magdalena, y empieza el cultivo intenso de los arrozales; en el tercer libro, "Hombres sin destino", seguimos el estudio de la familia Sandoval en la persona de Eusebio Sandoval, hijo del capitán, doctor en derecho para compensar su sangre mestiza, agricultor a lo siglo XX, cuyo tractor es el pasmo y la desgracia de los arroceros independientes que se ven reducidos a la alternativa de hacerse peones del doctor Eusebio o de abandonar sus tierras e irse a trabajar en la ciudad; el cuarto libro, "La dimensión del hombre", nos describe los enredos domésticos y financieros del dicho doctor.

Entre las mayores virtudes de esta obra tan abundante cuéntanse la maestría con que Enrique Gil sabe dibujar un carácter con muy pocas líneas, y su sentido de simpatía y casi de compenetración con los arroceros. Cuanto más cerca estamos de estos directos y nobles trabajadores, mejor; por eso el primer libro resulta más convincente. Cuando se aleja la trama de los arrozales hay una pérdida correspondiente de realismo e intensidad. Hay momentos hacia el final del libro en que la acción es confusa y hasta aburrida.

Gil Gilbert escribe bien, y *Nuestro pan* está lleno de magníficos momentos dramáticos y descriptivos. Desde la primera frase de la novela: "El viento se curvaba como un machete nuevo, desmelenando los árboles y escamando el lomo de toro viejo del río", hasta las últimas palabras del delirio moribundo de Eusebio Sandoval: "Aquí estoy durmiéndome y siento que sobre mis párpados está nevando, fría, la eternidad", demuestra el autor un fino talento narrador y un extraordinario dón de palabras, que se ve no sólo en los trozos propiamente descriptivos, sino en el diálogo y en el desarrollo novelesco.

Nuestro pan, a pesar de algunos defectillos, es una gran novela, digna de lectura y de meditación.

DONALD D. WALSH,
The Choate School,
Wallingford, Conn.